

Will y Ariel Durant
LECCIONES DE LA HISTORIA

Traducción de José Luis Piquero

arpa

SUMARIO

PRÓLOGO	9
I. Dudas	11
II. La historia y la Tierra	17
III. Biología e historia	23
IV. Raza e historia	33
V. Carácter e historia	43
VI. Moral e historia	49
VII. Religión e historia	57
VIII. Economía e historia	71
IX. Socialismo e historia	81
X. Gobierno e historia	95
XI. Historia y guerra	113
XII. Crecimiento y decadencia	121
XIII. ¿Es real el progreso?	133
GUÍA DE LIBROS MENCIONADOS EN LAS NOTAS	145
ÍNDICE	149

PRÓLOGO

Este posludio no necesita mucho prólogo. Tras terminar *La historia de la civilización* hasta 1789 releímos los diez volúmenes con vistas a publicar una edición revisada que corregiría muchos errores de omisión, de hechos o de imprenta. En ese proceso tomamos notas de acontecimientos y comentarios que podrían iluminar asuntos actuales, probabilidades futuras, la naturaleza del hombre y la conducta de los Estados. (Las referencias en el texto a varios volúmenes de la *Historia* se ofrecen no como autoridades, sino como ejemplos o aclaraciones que salen al paso). Tratamos de aplazar nuestras conclusiones hasta haber completado nuestro mapa de la narrativa, pero sin duda nuestras opiniones previas influyeron en nuestra selección de material ilustrativo. El siguiente ensayo es el resultado. Repite muchas ideas que nosotros, u otros antes que nosotros, ya hemos expresado; nuestro objetivo no es la originalidad, sino la exhaustividad; ofrecemos una visión general de la experiencia humana, no una revelación personal.

Aquí, como tantas veces en el pasado, debemos reconocer con gratitud la ayuda y los consejos que nos ha proporcionado nuestra hija Ethel.

I

DUDAS

Al terminar sus estudios, el historiador se enfrenta a un reto: ¿de qué han servido tus estudios? ¿Lo único que has encontrado en tu trabajo es el divertimento de narrar el auge y caída de naciones e ideas y de volver a contar «historias tristes acerca de la muerte de reyes»? ¿Has aprendido sobre la naturaleza humana más de lo que el hombre de la calle puede aprender con solo abrir un libro? ¿Has obtenido de la historia algo que aclare nuestra situación actual, alguna guía para nuestras opiniones y principios, alguna protección contra los desplantes de la sorpresa o las vicisitudes del cambio? ¿Has encontrado en la secuencia de los acontecimientos pretéritos regularidades suficientes como para predecir las futuras acciones de la humanidad o el destino de los Estados? ¿Es posible que, después de todo, «la historia no tenga ningún sentido»,¹ que no nos descubra nada y que el inmenso

1 Sédillot, René, *La historia no tiene sentido*.

pasado solo sea el aburrido ensayo de los errores que el futuro está destinado a cometer en un escenario mayor y a mayor escala?

A veces nos sentimos así, y una multitud de dudas nos asaltan en nuestra tarea. Para empezar, ¿sabemos realmente lo que fue el pasado, lo que ocurrió realmente, o la historia es «una fábula» no del todo «consensuada»? Nuestro conocimiento de cualquier acontecimiento pasado es siempre incompleto, probablemente inexacto, empañado por pruebas ambivalentes e historiadores sesgados y quizá distorsionado por nuestra parcialidad patriótica o religiosa. «La mayor parte de la historia es conjetura, y el resto es prejuicio». ² Incluso el historiador que cree elevarse sobre la parcialidad respecto a su país, raza, credo o clase traiciona su secreta predilección en la elección de sus materiales y en los matices de sus adjetivos. «El historiador siempre simplifica demasiado y selecciona apresuradamente una pequeña parte manejable de hechos y rostros entre una multitud de personajes y acontecimientos cuya plural complejidad nunca puede abarcar o comprender del todo». ³ De nuevo, nuestras conclusiones del pasado al futuro se vuelven más peligrosas que nunca debido a la aceleración del cambio. En 1909, Charles Péguy pensaba que «el mundo ha cambiado menos desde Jesucristo que en los últimos treinta años»; ⁴

2 Durant, *Nuestro legado oriental*, 12.

3 *Era de la fe*, 979.

4 Sédillot, 167.

y quizás algún joven doctor en filosofía de la física añadiría ahora que su ciencia ha cambiado más desde 1909 que en todo el periodo conocido anterior. Cada año —a veces, en guerra, cada mes— algún nuevo invento, método o situación obliga a un nuevo ajuste del comportamiento y las ideas. Es más, un elemento de azar, quizá de libertad, parece interferir en la conducta de metales y hombres. Ya no confiamos en que los átomos, muchos menos los organismos, respondan en el futuro como creemos que respondían en el pasado. Los electrones, como el Dios de Cowper, se mueven de forma misteriosa para realizar sus maravillas, y algún capricho de carácter o circunstancia puede alterar las ecuaciones nacionales, como cuando Alejandro se emborrachó hasta morir y dejó que su imperio se hiciese pedazos (323 a. C.), o como cuando Federico el Grande se salvó del desastre gracias a la llegada de un zar encaprichado con las costumbres prusianas (1762).

Obviamente, la historiografía no puede ser una ciencia. Solo puede ser una industria, un arte y una filosofía: una industria al sacar a la luz los hechos, un arte al establecer un orden significativo en el caos de materiales, una filosofía al buscar perspectiva y esclarecimiento. «El presente es el pasado enrollado para la acción y el pasado es el presente desenrollado para la comprensión»,⁵ o eso creemos y esperamos. En la filosofía tratamos de ver la parte a la luz del todo; en la «filosofía de

5 *La Reforma*, VIII.

la historia» tratamos de ver este momento a la luz del pasado. Sabemos que en ambos casos esto es un ideal imposible; la perspectiva total es una ilusión óptica. No conocemos la historia del hombre en su totalidad; probablemente hubo muchas civilizaciones antes de la sumeria o la egipcia: ¡apenas hemos empezado a cavar! Debemos actuar con un conocimiento parcial, y conformarnos provisionalmente con probabilidades; en la historia, como en la ciencia o en la política, la relatividad manda, y todas las fórmulas deberían ser sospechosas. «La historia sonríe ante todo intento de forzar su flujo en patrones teóricos o cursos lógicos; hace estragos en nuestras generalizaciones, rompe todas nuestras reglas; la historia es barroca». ⁶ Tal vez, dentro de estos límites, podamos aprender lo suficiente de la historia como para soportar pacientemente la realidad y respetar los delirios de los demás.

Puesto que el hombre es un momento en el tiempo astronómico, un huésped transitorio de la ciencia, una espora de su especie, un esqueje de su raza, un compuesto de cuerpo, carácter y mente, un miembro de una familia y una comunidad, un creyente o un escéptico de una fe, una unidad en una economía, quizás un ciudadano de un Estado o un soldado de un ejército, podemos preguntarnos bajo los epígrafes correspondientes —astronomía, geología, geografía, biología, etnología, psicología, moralidad, religión, economía, política y guerra— qué tiene

6 *Comienza la era de la razón*, 267.

que decir la historia sobre la naturaleza, la conducta y las perspectivas del hombre. Se trata de una empresa precaria, y solo un tonto trataría de condensar cien siglos en cien páginas de conclusiones arriesgadas. Proseguimos.